

# Fernando Zamora:

## UN POETA RARO

Julián

ALONSO

Palencia, la tierra de Felipe Boso —como en su día dijo José Luis Puerto y luego apuntaló Esperanza Ortega—, es tierra de poetas raros. Boso, aunque de los mejores sin duda, es sólo un eslabón de la larga cadena que a lo largo del siglo XX y lo que llevamos de XXI, ha ido forjando la poesía palentina.

Desde los juegos poéticos de Francisco Vighi y la lejana publicación de *Urbe*, el libro vanguardista de César Muñoz Arconada que sigue las estelas ultraísta y futurista, muchos han sido los autores palentinos que han transitado la experimentalidad y la poesía visual, fundamentalmente a partir de la segunda mitad del siglo, cuando Gabino Alejandro Carriedo va pasando del postismo al concretismo y comienza una larga lista de autores sin vinculación grupal ni generacional que llega hasta la actualidad. Estoy hablando, por poner algunos ejemplos, de los poetas «malditos» Isaac Oliva y Mariano Iñigo, este último paisano además de Boso, pero también de los experimentales y visuales Antonio L. Bouza, el a veces neo-postista Victorino Martínez, María Sánchez, las incursiones letristas y de collage poético del pintor Ángel Cuesta, el francotirador Gregorio Antolín, Sara Tovar, la micropoetisa Ajo o yo mismo, pero también estoy hablando, sobre todo, de Fernando Zamora.

Nacido en Palencia en 1939, Fernando Zamora vive en esa ciudad, donde ejerció la medicina como cirujano general. Interesado en la poesía desde su adolescencia, establece junto con su otra gran pasión, la pintura, un vínculo que no abandonará nunca. Relacionado con personas y grupos artísticos variopintos, siempre ha encontrado, según dice, enseñanzas y amigos. Así, aprendió que la poesía es una forma de ser y de estar en la vida. Un compromiso y un testimonio.

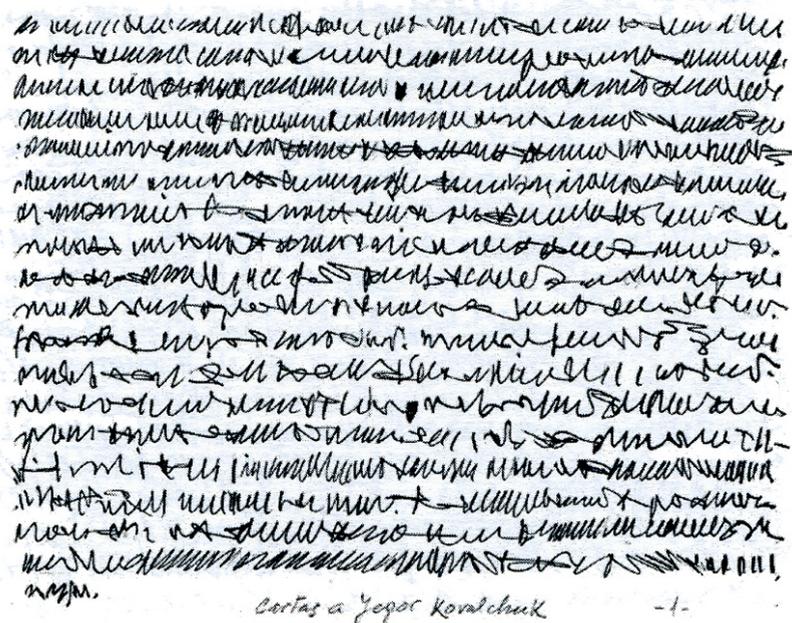
No ha sido poeta pródigo en publicaciones, con libros hechos y deshechos. Si más dispuesto, en cuanto a colaboraciones y lecturas de su poesía, lo que le salva de ser considerado poeta incógnito.

Fernando Zamora no es, se mire como se mire, un poeta al uso, ni un pintor al uso, ni tan siquiera una persona al uso. Ignoro de dónde le viene su manera minuciosa y original de trabajar, pero conozco de primera mano y envidio su estrecha relación con dos de los mejores poetas experimentales españoles: el gran Francisco Pino y Justo Alejo, con los que coincidió y compartió tertulia en la vallisoletana librería Relieve.

Quizá de ahí y de su confesa admiración por la vanguardias históricas, venga parte de su manera de hacer, pero no toda en absoluto porque él, como los buenos vinos, mejora con los años y, empeñado en trabajar a un tiempo pintura, poesía y otras artes, ha ido decantando una manera de hacer si no siempre original sí muy estimable, de la que son cumplida muestra sus trabajos de los últimos años, en los que se ha dedicado casi a tiempo completo a la creación.

Y de esa dedicación han ido saliendo la esencia lírica, casi literaria de su pintura, tan reflexiva, tan llena de significados, tan sutil y sus últimas colecciones de poemas, especialmente *Cartas a Yegor Kovalchuk* (2003), *Píldoras* (2004), *Silva de silabas* (2004), *Virado a sepia* (2006) y *Libro para quemar* (2007), todas llenas de ejemplos luminosos.

Veamos por ejemplo una muestra de las *Cartas*, colección de varias láminas que quieren simular grafías y caligrafías extrañas, de un enorme potencial comunicador y gran belleza plástica.



Kovalchuk es un artista ucraniano que a veces, como juego, enviaba a Fernando Zamora cartas escritas en ese idioma, que para él eran meros signos estéticamente interesantes pero absolutamente ininteligibles, de modo que decidió corresponderle enviándole misivas con caligrafías inventadas o garabatos. Así fueron tomando cuerpo hasta doce trabajos diferentes, que en un momento dado decidió reunir en un cuaderno, a tamaño octavilla, para regalar a los amigos. La que se reproduce es la primera de esas cartas.

Nunca hubo garabatos más legibles, pero si hablamos de legibilidad y sutileza, tenemos que hablar de su *Silva de sílabas* (2004), llena de perlas de tipo concretista como «Historia sagrada»,

historia sagrada

e n r e a l i d a d l a r e a  
 l i d a d s e l l a m a b a  
 E  
 VA  
 y  
 s e c o m i ó l a m a n  
 z a n a d e l o s u e ñ o s

o como este poema sin título:

no  
 di gas  
 que no no  
 di gas que no

di ez  
 sí la bas

Solo olvidando la belleza, puede uno encontrarla y sorprenderse. Solo olvidándose del verso, de la métrica, del ritmo, puede uno encontrar su ritmo interior, la medida de sus sueños, el poema donde todo es igual pero distinto.

Solo así se pueden dar respuntes en el raso de la noche y comprender por qué «una alondra / —una sola alondra— / sostiene la tarde en su vuelo».

Jugar con las palabras —porque la palabra es un juego— y plantar un árbol para tener un libro lleno de hojas que en otoño terminas de leer para releerlo de nuevo en primavera.

Nada es más difícil, por muy cirujano que uno sea, que diseccionar un poema con el bisturí de la imaginación, desestructurarlo sin anestesia y dejar que la poesía se muestre desvalida y desnuda, expuesta a las miradas de los poetas en prácticas, a todas las miradas, a las cómplices, a las curiosas, a las indiferentes y a las lascivas.

Ese es el mérito —y no es poco— de Fernando Zamora: hacer del poema un objeto plástico que se puede moldear con los ojos y con los dedos, con la cabeza y con el corazón.

Porque *Silva de sílabas* es eso, una colección de palabras por las que circula el aire de la inspiración, hace altos en el camino y continúa su viaje dejando aquí y allá, como al azar, pequeñas perlas, finas gotas de lluvia que empapan el papel y nos mojan por dentro.

Dice Paul Klee, un pintor muy querido por este autor, que «escribir y dibujar son actos idénticos» y Fernando Zamora es un buen ejemplo de esa afirmación y su puesta en práctica.

Poco antes había publicado *Píldoras*, un pequeño librito a modo de aperitivo de lo que vendría después, pero aunque en ambos se pueden detectar algunas influencias, es en *Virado a sepia* donde nos da el mayor número de pistas sobre sus lecturas y afinidades y donde salda cuentas de admiración con varios de sus autores preferidos, alguno de ellos también amigos. Ya el poema que abre el libro, «La confesión de Homero» es, si no un manifiesto, una auténtica toma de postura poética. Veamos un fragmento:

«Me llama la Poesía  
por teléfono  
la muy puta  
dice  
que si quiero  
salir  
le digo que no pruebo  
ese manjar  
ese veneno  
—no seré yo una especie de esqueleto  
a la orilla de los mares—  
y me ato al palo mayor

a la pata  
de la mesa  
y me tapo con cera los oídos....»

A partir de aquí se suceden en la obra citas, dedicatorias y poemas enteros en homenaje a varios autores, en una larga enumeración que, iniciada con Homero, continúa con Jorge Manrique, Joseph Haydn, Mozart, Chopin, Poe, Gauguin, Van Gogh, Lewis Carroll, Mallarmé, Edvar Munch, Max Jacob, Louis Aragón, Ezra Pound, Dalí, Buñuel, Lorca, Cervantes, Calderón, Chagall, Duchamp, Wallace Stevens, Gabino Alejandro Carriedo, Blas de Otero, Joan Brossa, Francisco Pino, Justo Alejo, Carlos Oroza, sus amigos pintores Rafael Oliva y Ricardo Cesteros, Felipe Boso o Sorolla. Toda una batería de autores que no agotas las admiraciones de Fernando Zamora pero sí da idea de algunas de ellas y de lo variado de sus intereses intelectuales, pero entre todos ellos quiero resaltar en concreto a cuatro experimentales: Brossa, Felipe Boso y, sobre todo, sus amigos Justo Alejo, al que dedica tres poemas que cierran el libro en un clarísimo homenaje y Francisco Pino, admirado y admirable poeta total, al que dedica el trabajo que aquí se reproduce:

Retrato de D. Francisco Pino en su casa  
«Villa María» de El Pinar en Valladolid,  
durante el verano de 1973

FOTO VELADA

a  
t o d  
s in rom a  
t o  
d a v  
í a  
e l a  
m  
o  
r

*Libro para quemar* es otra cosa, se trata de un conjunto de poemas con la inconfundible impronta de su autor pero menos experimentales, aunque el título lleve explícita una propuesta que, me consta, más de uno tomó al pie de la letra prendiendo fuego al libro después de haberlo leído, en una especie de performance cómplice con el autor.

Le seguirían luego la plaquette *Bagatelas de febrero* (2012), con nueve poemas muy breves, ilustrados por su hija Cristina Zamora y el librito *De palomares y palomas* (2013), lleno del lirismo, la sutileza y los juegos de palabras tan característicos de toda su obra y con elementos concretistas muy logrados, como el titulado «columbario»:

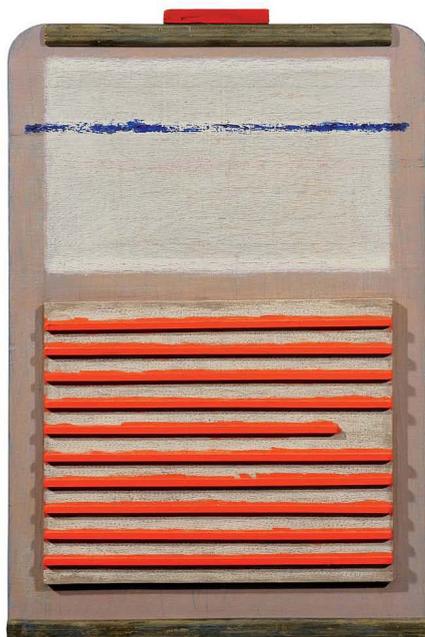
columbario

Z	E	N	I	Z	A	S
E	N	I	Z	A	S	C
N	I	Z	A	S	C	E
I	Z	A	S	C	E	N
Z	A	S	C	E	N	I
A	S	C	E	N	I	Z
S	C	E	N	I	Z	A

Mas, no se agota aquí el trabajo de Zamora, pues, aparte de su exquisita faceta de pintor, conocida y reconocida, desde hace tiempo anda volcado en la realización de libros de artista, de los que ya tiene varios realmente muy apreciables, como el originalísimo *Libro de hilos*, donde hoja por hoja, en un trabajo paciente, con hilo y aguja va creando unas propuestas tan minimalistas como sugerentes y originales. Y últimamente de manera casi exclusiva, aunque es un camino que empezó hace años, profundiza en una curiosa transición desde la pintura y la mini-instalación al poema objeto, del que ya ha llevado a cabo varias muestras mixtas en salas de exposiciones tanto de Alemania, donde reside por temporadas, como de Valladolid o Palencia.

De las exposiciones llevadas a cabo en la vallisoletana sala del Palacio Pimentel y en la palentina Fundación Díaz Caneja, proceden estas tres obras, tituladas respectivamente «Carta marina con esqueleto» (2010), «Fósil vertebrado» (2007) y «Tabla de Odendorf» (2003), tan sugerentes, tan minuciosas, tan efectivas:





Un autor, a mi entender, digno de ser tenido muy en cuenta. Para hacernos una idea de lo que escribe y cómo lo escribe, recomiendo estos enlaces de youtube, donde podemos escuchar un fragmento del repaso que el propio poeta hace de sus libros en una entrevista que le hizo la revista digital cultural *Enclave*, hace algún tiempo: <http://www.youtube.com/watch?v=ReL0bxY30IU> y la lectura de alguno de sus poemas: [http://www.youtube.com/watch?v=g23blCu\\_iKo](http://www.youtube.com/watch?v=g23blCu_iKo), <http://www.youtube.com/watch?v=K4e73wVCmVY>.

Fernando, por otra parte, es un hombre silencioso que se encierra en su estudio como un ermitaño, sintoniza Radio Clásica, anda con pies de gato para que la inspiración no se escape por la ventana y pone a trabajar el engranaje de su cerebro como una suave máquina de precisión «Made in Germany».

Escribe poemas a los que luego rocía con gasolina, por ver si arden o, como sospecha, son simple piedra común. Persiste, sin sombra de desaliento, en busca de ese oro místico que raramente se encuentra, aunque no siempre escribe. A veces saca los pinceles para pintar con minuciosidad japonesa y a veces sólo lee, o mira con la mirada de quien ve lo que esconden las cosas que parecen no tener importancia.

Su labor, como la del buen alquimista, es un continuo y humilde aprendizaje entre los pucheros de la imaginación. Nunca está quieto, en su cabeza siempre hay algo que bulle. Últimamente anda entre cajas, cajas grandes, pequeñas, de madera, de plástico. En ellas va depositando lo que encuentra, lo coloca como la intuición le dicta, fabrica un puzzle cambiante que produce distintos resultados

según disponga los elementos. Son piezas anodinas, pecios arrojados a la basura, o encontrados al azar, cosas que nadie quiere, alambres, plumas, un *cow-boy* de plástico, papeles rotos, latas, restos de embalajes, manchas de pintura donde nadie las esperaba, el collage difuso de la vida.

Surgen así raros fósiles, escaleras en miniatura que sirven para llegar muy lejos, puntos y rayas de una pintura en morse, secuencias, invitaciones a mirar por detrás de los objetos, poemas visuales de múltiple lectura envueltos para regalo de los sentidos, guiños cómplices para espectadores funambulistas.

Así es Fernando Zamora, un poeta raro y palentino, que a veces es lo mismo, pero no quiero terminar estas líneas sin reproducir otro de sus poemas al que ya he aludido más arriba y que habla de su postura ante la Poesía. Se titula «Pirómano en prácticas», pertenece a *Fragments y variaciones* (1994), su libro más discursivo y dice así:

Echo gasolina  
a mi poesía

la rocío  
la empapo muy bien  
—que coma—

y luego  
allá va  
una cerilla encendida

pero no arde

es piedra  
común

